



# TABLON DE ACONTECIMIENTOS

---

## ¿POR QUÉ GANA SIEMPRE POR GOLEADA EL REFORMADOR? (A propósito de la LOGSE)

Por Carlos Díaz

1. En el famoso diálogo platónico «Cratilo» la conversación entre los personajes Cratilo y Hermógenes, allá por la altura del 390-a del texto, transcurre en torno a esta cuestión clásica entre los pensadores: ¿Cómo se imponen los nombres a las cosas? ¿Los nombres que las cosas tienen los tienen porque lo exige la propia naturaleza de las cosas? ¿los tienen por mera convención, pudiéndose llamar de cualquier otro modo en cualquier momento? ¿los tienen por obligada e inexorable imposición de alguien? Y Platón, como casi siempre, a pesar de todos los que piensan lo contrario, en lugar de responder directa y claramente se dedica en gran medida a marear la perdiz contraponiendo opinones, matices, e incluso desviaciones de tipo «antístrofico», es decir, consideraciones retóricas que se van al otro extremo sin aterrizar. Esto demuestra un poco al menos, dicho sea de paso, que convertir el diálogo como fin en sí cuando no se tiene nada que enseñar constituye una pérdida de tiempo; no siempre el diálogo resulta la mejor forma de magisterio. Claro que, en honor a Platón, tal cosa no todas las veces ocurre así de claramente.

Sea como fuere, mi opinión es que, entre los mortales, los nombres los imponen quienes gobiernan, convengan o no a la naturaleza de las cosas, y en ocasiones desgraciadamente aún contra ella; que, a pesar de todo lo que el poder diga o deje de decir, casi nunca sirve para nada el consenso dialógico popular, y eso en el mejor de los casos, a saber, cuando se propician referendums para consultar a las masas; que —dado el bajo nivel dialéctico de la gente— el poder suele aniquilar la opinión popular (haciendo persuasivamente que termine votando en favor del ingreso en la

OTAN correspondiente); y que los cambios de nombre —las reformas— sólo las hace el poder, mas no para que todo cambie si fuere menester, sino para que cambiando todo, todo continúe igual.

El poder gubernativo, sea de la orientación que fuere, se quintaesencia en el orweliano Doblelenguaje: «Bueno» será, cuando el poder quiera, «bueno», cuando desee lo contrario «imbueno», y cuando se decida por lo tercero «menosbueno», o «masbueno», o «doblemasbueno», y así sucesivamente para nunca acabar. Por la Nuevahabla el Ministerio de Defensa defenderá a los ricos, pero se encargará de organizar el ataque a base de los pobres como carnaza; el Ministerio de Cultura concederá premios a sus élites para que éstas achiquen las cabezas de la masa; el Ministerio de Guerra (más conocido por Ministerio de Defensa) afirmará que la guerra es la paz (si vis pacem para bellum); y el Ministerio de Educación organizará —dejando chiquitos a Lutero y a la Compañía de Jesús— Reformas y Contrarreformas, «reforma semper reformanda» para que siempre se rediseñe lo mismo con nuevo escenario, y para que vuelvan a la palestra viejos y arrugados actores, los de siempre, los que mutan permaneciendo, los que caen y resurgen, los de diez mil rostros como la egipcia Isis Miriónima.

¿Cómo iban a justificar su rol gubernamental si no reformasen algo, siendo así que la prueba de que se gobierna es que se reforma? Y mientras tanto, ¿pobre de aquél que yendo en todo eso contra el Estado central esperase algo distinto de las Administraciones Autonómicas, ingenuidad de ingenuidades y todo ingenuidad!.

Logser, o no Logser, esta es la cuestión: Lo propio del poder es el Edicto, o el Rescripto, formas jurídicas de imponer tanto como si del lenguaje de las ordalías se tratase, solo que con una jerga fina e ininteligible, con un dominio asombroso de la ocultación de la noticia, de la anfibología, de la sutileza, y de la ambigüedad calculada. De lo que se trata siempre aquí es de mostrar druidicamente que sus propias cratofanías son las más poderosas: «Une loi, un roi, une foi», pues el poder siempre tiene sus fes. Y cuando las cosas van mal para los que ponen los nombres se declara en alguna parte la Peste Negra, se elige el Chivo Expiatorio y se quema al judío o al gitano, o a quien hiciera falta, pues nunca falta prostituta contra la que lanzar la primera piedra. Luego el pueblo, del gobierno abajo, pide la liberación de Barrabás, chinchá para exigir que funcione la Inquisición, y todo se desarrolla conforme a los deseos de todos: Reforma tras reforma, Democracia, esto es, lugar donde tan sólo aparentemente es el pueblo quien le pone nombre a las cosas administradas.

Y colorín colorado, lo que nadie podrá explicar en estas circunstancias es la única ley verdaderamente existente, la ley de la «tabula rasa», la medieval «reductio ad unum» en una especie de canto gregoriano político sin inspiración mística, donde la polifonía desaparece; donde la polifonía desaparece —añadimos— incluso en aquellos regímenes en los cuales parezca darse alternancia de voces, porque las voces del gobierno y las voces de la oposición son las mismas voces, las voces

del mismo actor, unas veces hablando loquialmente y otras veces hablando ventri-loquialmente. Ellos, los actualmente gobernantes y su cohorte de opositores mañana en el Gobierno, no son la cabeza defendida por el pecho (thymos) de los guerreros, y sustentada en la laboriosidad del vientre (epithymia) de los artesanos; ellos lo son todo, cefalotorax y abdomen en una sola y redonda e inexpugnable bola incurvada sobre sí misma, el pecho como thymos y el vientre como epithymia a la vez. Ellos lo son todo, imponen los nombres a las cosas; y nosotros no somos nada, a diferencia de lo que quería Platón, si es que este ciudadano griego quería realmente algo muy distinto a lo existente en su época, llena de esclavos (pues la primera ruptura para los que realmente quieren algo nuevo es la que se establece cuando se está en contra de la separación entre libres —aquellos que ponen nombre a las cosas— y esclavos —aquellos que hablan con los nombres que el poder ha puesto a las cosas—).

Resumiendo y concluyendo este epígrafe: El poder le pone nombre a las cosas. Y mientras tanto el pueblo habla con el lenguaje que le han impuesto, por lo cual siempre pierde por goleada, ya desde la Revolución Francesa y más tarde en la Revolución Rusa; incluso cuando diside, el pueblo diside con los nombres del poder y en el nombre del poder. Sin nombres con que nominar de otro modo lo nombrado, no resulta en modo alguno pensable oposición real alguna. Para un cambio de las relaciones de dominio entre los hombres es menester un cambio de marcha en la nominación, un cambio de marcha real que sea algo más que un mero cambio de jerga («epistrofé», en Platón), esto es, que conlleve un análisis de la realidad de tal profundidad que por virtud de dicho análisis aquel que quiera cambiar pueda hacerlo. Análisis solos no bastan para grandes cambios, lo sabemos, pero grandes cambios no se tienen en pie duraderamente sin enormes análisis: A gran política, tanto mayor metafísica, pero no habrá metafísica sin cambio de racionalidad volente. La revolución será global, o no será. Y, mientras no sea, el poder seguirá ganando por goleada poniendo los nombres con que se juega el juego.

2. Esto significa, en segundo lugar, que **para hablar otro lenguaje hay que estar en posesión de una escala de valores distinta, y asumirla como tal.** Como todo el mundo sabe, los esperpentos axiológicos que nos ofrece el Occidente al uso son los propios del famoso Narciso, aquel personaje de la mitología griega que estaba muy enamorado de sí mismo, tanto que acabó ahogado en un charco por excesivo acercarse a él tratando de besarse, luego de haber desoído los requerimientos de la bella Eco, que se ofrecía como casa («oikós») y morada amorosa («ethos») de su propia ambición. Pero Narciso permaneció siempre ante la realidad como un adolescente sin voluntad de maduración, ignorándola cual posible compañera; Narciso sólo tenía ojos para sí mismo, y sólo buscaba el eterno «look», los adornos, los afeites, los coloridos con que llamar la atención y pavonearse cual pavo real, todo lo que le podía servir para llamar la atención y ensanchar su figura ante la cámara, en definitiva, todo lo que es mecanismo de seducción o, como también se ha dicho, de «sexducción». Mucho espejo, mucha cosmética, mucho consumo, todo para mí y el que más pueda capador.

Narciso sólo tuvo y sólo tiene una dimensión, la egoica, la yoica, la autocéntrica, la serreferencial, la incurvada sobre el pobre yo que sin tú compañero y sin solicitud alterificante termina por ahogarse en el agua de la propia estimación, porque el ego ahoga sin un tú coeunte y sin un nosotros interpersonal. Decir esto último suena incluso a sermón, todos lo sabemos, porque los sermones (ser monines) lanzados a Narciso nadie los nota, embarazados como lo están hasta el punto de no ser percibidos, como la atmósfera traspasada por la mirada sin apenas ser notada.

Así las cosas, hoy por hoy eso de asumir el papel de maestro para promover valores menos narcisistas, eso de oponerse al Narciso con su edénico Corte Inglés y sin su eviterna Publicilandia no suele ser entendido por casi nadie, pasando por huella de hedionda carquiondez, frente a lo cual y para no desmerecer todos corren a juvenilizarse, faltaba plus; por nadie, claro está, que no sea el poder que pone nombre a las cosas, pues bien sabe él lo que está publicitando, y el olor a que huelen los olores de santidad con que aureola la imagen de todos los Narcisos que en el mundo están siendo. Muchos piensan que a la URSS lo que le hizo caer fue la decadencia del propio comunismo, tal vez; pero no escasa parte de responsabilidad en tal caída la ha tenido lisa y llanamente el fosforescente lenguaje del poder: la Coca Cola, los vaqueros, y el rock, argumentos definitivos, tumbativos, en la configuración de los ideogramas del presente y de su parafernalia lingüística.

Todas las Reformas de todos los reformadores del poder reforman para Narciso, su cliente favorito. Ya se sabe que Narciso no lee libros, a no ser libros de viajes, de canicultura, de jardinería, de modas, o de éxito para mejor imitarlo. Narciso es un animal antimetafísico, al que le traen al fresco las vías tomistas sobre la existencia de Dios, si no pasan por la peluquería.

En fin, qué pena, ya solamente dos mil quinientas de las Narcisas del mundo pueden permitirse el lujo de vestir alta costura, las pobres, identificarse con Paco Rabanne (a quien Cocó Chanel definió con desprecio como "metalúrgico"), y con sus diseños de mujer aprisionada en escamas metálicas, etc, etc. Y en lugar de cambiar la realidad o de reformarla, Narcisos y Narcisas podrán reformarse a sí mismos a través de su look: moda lúgubre y harapienta, neopauperismo, neorruralismo, y hasta neomoralismo, o ropitas milenaristas con sayos y sandalias. O si se prefiere podremos usar trapitos supersexys y sadomaso, indumentarias tipo reales hembras angelicales, cazadoras machihembras andróginas, y así sucesivamente: El que no se reforma es porque no quiere. Moda Rocabop, o moda Sheriff para doncellas del Oeste con botas de boyero a medio muslo, o excitantes monos con lazos y lacitos que dejan el culín al aire, o jerseys penitenciales y ciliciales, cuando no modelos de mujer fraile o enfermera terminal complementada con tubitos de sala de reanimación...

3. Dónde están los educadores de esta gente joven es algo que no queda muy claro, quizá a su vez en la peluquería, o en El Corte Inglés, desde luego no en los

partidos o en los sindicatos, ni en asociaciones de voluntariado en los cuales se intente a pesar de todo y corriente arriba poner algún coto en lo posible al desenfreño del narcisismo pragmatopositivista y del empirismo vulgar, ni allí donde su posible testimonio en contra del estupidismo consumístico adquiriría en su caso alguna credibilidad. Casi con toda seguridad estarán los neutrales (neutrones, o neutrinos) en su casa ante el televisor si el tiempo lo permite y no obsta la autoridad competente, o dando sus clases correspondientes para cumplir con las exigencias formales de un currículum por el que habrán de responder ante las autoridades académicas correspondientes; en fin, cada mochuelo a su olivo y el que venga detrás que arree, arrieros somos.

He aquí que la Reforma, en suma, ha sido asumida sin ira y sin afición: sin novedad en El Alcazar, a sus órdenes mi reformador. Si algo ha salido mal en su magna epopeya es por culpa de la juventud, que ya sabe usted cómo es, mi reformador. Y ya está, porque hoy la memoria se penaliza, y la lucha contra el olvido es tomada por patético u obsesivo no querer pasar página. Esto es al menos Logqueyosé.

Carlos Díaz  
Del I. E. Mounier

## OFERTA ESPECIAL

Editorial MADRE TIERRA (Parque Vosa 12. 28933 Móstoles - Madrid) ofrece a los lectores de «Acontecimiento» un descuento del 25% del precio de venta en la compra de los siguientes libros de **Carlos Díaz**:

- **De la razón dialógica a la razón profética.**  
1991, 133 páginas
- **Releyendo el anarquismo.**  
1992, 199 páginas
- **La política como justicia y pudor.**  
1992, 204 páginas
- **Cuando la razón se hace palabra.**  
1992, 242 páginas

Recorte este anuncio o fotocópielo, y recibirá los libros. El límite de validez de esta oferta es el 30 de septiembre de 1992.

# LAS OLIMPIADAS Y LA RELIGION ESTETICA

Por Angel Barahona

Cuando el Olimpo remite, Prometeo se pone medallas, eso sí olímpicas. Estos acontecimientos se llaman como deben llamarse, pues quién pone hoy en duda la divinidad del hombre...

Antes la divinidad era asociada con el Deseo metafísico, infinito, con lo espiritual, lo pneumático, y ahora en cambio es asociada con músculos como neumáticos, con los deseos metafísicos para evadir impuestos de las ingentes ganancias que se pegan a estos seres divinos como lapas. El cuerpo es el altar del sacrificio y del éxtasis.

Las cremas, los aceites, los sprays, los líquidos isotónicos, los complejos vitamínicos, los estimulantes, los anabolizantes, y una variada farmacología son a los nuevos dioses lo que eran el incienso, los elixires mágicos, y las pócimas milagrosas, a los anteriores. El efecto catártico es el mismo.

Los que antes llegaban a la unión mística con lo divino hoy alcanzan la borrachera dionisiaca con el éxito, uniendo su triunfo narcisista con el aplauso, el halago, la demencia, la adoración colectiva del héroe, que no es más que el coro, ropaje sacrificial del atleta-sacerdote, de sí mismo.

La competitividad entre los dioses acarrea un sinfín de desgracias a los mortales. Hoy esa loca carrera por ser el mejor, el único, que les lleva a no reparar en la utilización de todo tipo de tecnologías de la nueva religión (anabolizantes, fármacos, terapias químicas de recuperación, electroshocks etc.), lleva a algunos a la muerte, al daño irreparable o a la imitación vulgar y peligrosa por parte de los peor dotados. Algunos hasta son el chivo expiatorio de las desgracias de su pueblo, entiéndase los atletas-robots de la antigua RDA.

Gloria efímera la de los gladiadores, que por el afán de ser los primeros consumen casi todos —en secreto, a voces— la poción mágica. (Qué bueno sería que Asterix y Obelix se hicieran realidad y, como sucede **En la Olimpiadas**, todos los participantes entraran en el mismo instante en la meta por tomar la poción mágica).

Ha sido siempre recurrente asociar el deporte a la preparación para la guerra.

Pero hoy como la guerra es tecnológica y se realiza con el cerebro y algunos dedos, ha cambiado su campo de batalla, su enfrentamiento directo en el valle por el campo de juego (eufemismo revisable cada vez más) en donde los deportistas derrochan violencia. No sería la primera vez que algún dios, de éstos de recambio, muriera en el combate. También se ha dicho que era un buen sistema de evacuación de la violencia y las frustraciones colectivas de los espectadores, hinchas —es decir que se hinchan, se ponen rojos y algunos explotan—, hooligans etc.

Pero quizás es menos compartido el efecto de signo que supone este Olimpo anclado.

El héroe aparece como el modelo pedagógico a imitar. Este modelo ya no es el mediador universal de la condición humana: el Dios encarnado. Es el "otro", ese otro surgido de la nada, pesetero que busca el privilegio del éxito reservado sólo para algunos, el que a través del entrenamiento esforzado, ascético, cilíptico (menos prometeico que sisífico), consigue encumbrarse como modelo. Mas ese ascetismo es aquí mera repetición constante y mimética de movimientos que fortalecen los músculos del cuerpo pero disminuyen la capacidad cúbica del cerebro: ¿no dicen los evolucionistas que el cerebro de los cuadrúpedos es menor por el desarrollo de los músculos necesarios para sostener la cabeza ocupando así gran parte de la capacidad craneal?. En el hombre esos movimientos se ven disminuidos por la posición erecta, por lo que pírricamente podríamos decir que el hombre es la victoria del vacío sobre el espacio, de lo etéreo sobre lo musculoso.

Retornemos: ¿Qué hay detrás de las Olimpiadas?: una pseudoreligión del cuerpo, somática, el hombre anatómico divinizado, con un altar, el podium, con vestimentas sagradas, con etiquetas que llevan el nombre de los fieles más devotos que aportan más dinero al templo, a los sacerdotes del COI.

Pero, como toda buena y rancia sacralización, todo bien disimulado, para que los mortales piensen que hay algo más que un «negocio» («nec-otium», curiosamente negación del ocio, todo lo contrario de la pretensión original: afirmación del ocio), guardando las formas de una religión natural, de retorno a lo primitivo. El deportista es el santón, o así nos lo hacen ver sin querer. Es el mediador universal, decíamos, el modelo a imitar, pues parece que es el único que entre una edad que va de los 15 a los 30, no trasnocha, no bebe en exceso, no fuma y no... Es el que tiene voluntad, fuerza, pundonor, casta, y además representa el orgullo patrio, o sea, los valores perdidos.

La realidad es muy otra.

Pero lo importante es que las Olimpiadas suponen una inyección moral para una sociedad desmoralizada. Suponen voluntarismo para una sociedad derrotada, pundonor y amor propio para una juventud que tiene miedo y se desprecia a sí misma.

Se desprecia en lo profundo: ¿si no a qué santo tanta necesidad de afirmarse, de encontrar la propia identidad, a qué esa búsqueda desahogada de cualquier cosa que pueda suponer un apoyo para seguir tirando?. En el fondo, son el eterno retorno de la fijación de arquetipos que hacen falta a una sociedad para que marche: la economía (las marcas), los artículos deportivos, la industria, la televisión, la publicidad, la promoción social de una ética del esfuerzo, de educación de la voluntad. En resumen una nueva **moralina**.

El héroe antiguo, capaz de las más inverosímiles hazañas ulisíacas, para el que los monstruos son los récords anteriores de otros que oyeron en sus oídos la misma música seductora, y bebieron del elixir del placer de la competitividad, este héroe antiguo tiene el **destino de los dioses** del que habla Hegel: la religión estética.

Y ésta además expresada como **Comedia**, la obra de arte donde se revela profusamente la divinidad. ¿Qué son los juegos Olímpicos sino una gran comedia universal para distraer, una gran maniobra de distracción del grave problema de la humanidad, la violencia indiscriminada, indiferenciada, injustificada?. El cénit de esta comedia es el podium, la medalla, y luego el dinero que supone para el héroe, individual o individualmente colectivo, pero como todos los deseos humanos llevan grabados a fuego el hierro de la insatisfacción: mañana serás suplantado, superado, de nuevo tendrás que empezar a subir piedras al monte para luego verlas rodar por la pendiente. Serás uno de los millones de nombres del Guinness. La **corona corruptible** hecha añicos por el paso del tiempo inexorable, que no perdona ni a sus hijos. Quizás el modelo de esta ética moralizadora no pueda resistir, o no le hayan preparado para resistir, los embates de la enfermedad, de la vejez, que a todos llega, y no le sirvan los diplomas enmarcados en una pared añeja, y no tenga la fuerza de voluntad para competir con la vida como cuando tenía 20 años.

¿Qué queda del deporte como fraternización, si es que alguna vez lo hubo, como expresión de la riqueza de las culturas, como altruismo, como diversión, como entretenimiento sano, como apéndice de una vida feliz?.

Un artículo de periódico (28-2-92, EL País: "Los niños de granja", sobre el deporte en la antigua RDA) me ratifica en que hoy el deporte es una herejía del divertimento, del ocio, de las nobles lides. En el paralelo que hemos seguido con la religión resulta comparable a la vida de los esenios escrupulosos, de los anacoretas, sólo que el culto de estos modernos es efímero, carnoso, y exuda toxinas, mientras que el otro, al menos exudaba oraciones. Es más todavía, es la religión estética del Estado, y no el fruto de un delirio individual.

---

**Angel Barahona Plaza**  
**Del I. E. Mounier**